

**Domingo XXVI del TO
Ciclo A**



1 de octubre de 2023

Ez 18, 25-28

Sal 24

Flp 2, 1-11

Mt 21, 28-32

P. Eduardo Suanzes, msps

Situémonos en el momento en que Jesús dice esta parábola de los dos hijos que acabamos de escuchar. Jesús ya ha llegado a Jerusalén. Ha arremetido contra los cambistas del Templo; está enseñando con toda autoridad en la explanada del mismo Templo y los sacerdotes y ancianos, que son la autoridad religiosa, han ido a exigirle explicaciones sobre el origen de su autoridad. Él les responde con una pregunta (muy típico de Jesús) sobre el bautismo de Juan: « *¿Era de Dios o de los hombres?*»¹ Ellos, para no pillarse las manos contestan que no saben por lo que Jesús tampoco les da explicaciones sobre su autoridad. Pero les plantea este cuento que nos narra Mateo.

« *¿Qué les parece? ¿Qué opinan de esto?*» Jesús les cuenta, como digo, en cambio, una parábola que comienza y termina con una pregunta que ellos han de contestar: «*Un hombre tenía dos hijos...* ». Así comienza el cuento, es decir, que al final del mismo ellos tendrán que dar una respuesta. Y les suelta la parábola que conocemos: el hijo que dice «sí» pero que no va a trabajar a la viña y el hijo que dijo «no» pero que sí fue a trabajar. Esta introducción hace que los oyentes, familiarizados con las parábolas judías, esperen un comportamiento opuesto de los hermanos. El padre envía a los dos hijos, que viven sin duda en su finca, a trabajar en la viña. Pero uno de ellos no obedece, rehúsa la obediencia lisa y llanamente, sin disculparse; luego se lo piensa mejor y va a la viña. El otro hijo, en cambio, reacciona con ostentosa docilidad: trata al padre de «*señor*», cosa más propia de un esclavo que de un hijo, y promete obediencia; pero se queda en las buenas palabras y no va a la viña. La pregunta final de Jesús, « *¿quién de los dos ha hecho la voluntad del padre?*», está formulada de tal modo que sólo es posible una respuesta: el hijo que ha hecho algo.

Naturalmente, ellos mismos se han juzgado: ellos, los sabios de Israel, los del poder religioso, los institucionalmente buenos son los que dijeron «sí» a la Alianza, sí a Dios, pero cuando llegó el momento no atendieron a Juan el Bautista, no se convirtieron, no aceptaron su bautismo. Ellos, los escribas, hablan constantemente de la ley: el nombre de Dios está siempre en sus labios. Los sacerdotes del templo, ahí presentes, alaban a Dios sin descanso; su boca está llena de salmos. Nadie dudaría de que están haciendo la voluntad del Padre. Pero las cosas no son siempre como parecen. Los recaudadores y las prostitutas no hablan a nadie de Dios. Hace tiempo que han olvidado su ley. Sin embargo, según Jesús, van por delante de los sumos sacerdotes y escribas en el camino del reino de Dios². Estos, son dos grupos humanos de ínfima categoría en el sistema de valores religiosos y éticos,

¹ Mt 21,25

² JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Las cosas no son siempre lo que parecen*. En www.feadulta.com

descalificados en lo religioso y en lo moral, a los que Jesús se dedicó especialmente. Sin embargo, estarán por delante de los dirigentes de Israel en el camino hacia el reino de Dios, porque efectivamente, dijeron que «no» con su vida en un momento determinado, pero fueron capaces de convertirse, porque están mucho más prontos a seguir la llamada de Jesús a la conversión, mientras que los fariseos, al contrario, se hallan impedidos por su convencimiento de poseer ya la perfección. ¡Menuda bofetada les ha dado Jesús! Se la está jugando en serio.

Pero bajemos a nuestra realidad, a nuestro mundo, a nuestra historia. ¿Dónde nos situamos? ¿Con qué hijo nos identificamos? ¿Qué es lo que se está queriendo decir aquí? Por un lado, parece que está claro que lo que aquí Mateo nos está diciendo es que a Dios lo que le interesan son las obras, no las palabras. El resultado final de la parábola es que uno de los hijos fue y trabajó, e hizo **lo que** el padre le dijo. Subrayo especialmente ese **lo que el padre** le dijo, porque creo que es importante: el hijo se puso a trabajar en la viña, que era **lo que** el padre quería. Esto es importante, creo, porque los sacerdotes y ancianos también hacían muchísimas cosas, cumplían un montón de mandamientos; realizaban innumerables sacrificios, sobre todo en los días de Pascua; había cantidad de fiestas religiosas en las cuales eran los principales ejecutores de los rituales sagrados; el cumplimiento riguroso del sábado y un sinfín de normas más (casi 700) se ponían en práctica con todo rigor. Muchas, muchísimas cosas, pero no estaban haciendo **lo que el Padre quería**, y eso no transforma el corazón.

No nos engañemos no se trata de hacer por hacer, sino de trabajar en la viña. Trabajar en la viña, que esa es la voluntad del Padre, es ante todo estar disponibles para el Reino, y no para mi reino particular. Es que podría suceder que, en mis obras de apostolado, en mis cumplimientos dominicales, en el venir aquí hoy a misa, sin ir más lejos, lo hagamos por cumplir un mandamiento externo, como tantos otros, uno más, y no porque necesito encontrarme con el Reino que es el mismo Jesús de Nazaret. Cuando esto se da de esta forma el encuentro con Jesús es distante y no alcanza a transformarnos por dentro, porque estamos desconectados de nuestro verdadero ser interior.

Si vamos un poco más allá de lo que dice la parábola, ni siquiera las obras tienen valor absoluto. Las obras pueden ser la manifestación de una actitud vital, pero también podrían ser reacciones automáticas desconectadas de nuestro verdadero ser, y conectadas solo al interés egoísta. Los fariseos cumplían escrupulosamente todas las normas, pero lo hacían mecánicamente, sin ninguna sinceridad de corazón. No perdamos el tiempo tratando de situarnos en una de las partes. Todos estamos diciendo “no” cada tres por cuatro, y todos estamos diciendo “sí” con una pasmosa ligereza. La vida es una constante rectificación. Y aquí es donde la Primera Lectura encuentra su significado: la vida o la muerte dependen de mi actitud interior para querer cambiar o no; soy yo el responsable.